

## P.S.

Hace muchos años que los profesores de arquitectura de Winterthur se pasean por Barcelona. Llegaron en los 90', con los juegos olímpicos, cuando Barcelona era una ciudad más introvertida y se presentaba con menos desparpajo ante el extranjero. Se entusiasmaron con un puñado de bares y restaurants donde se comía estofado y gambas, patatas y sardinas; el vino corría a raudales... del Bilbao al Carballeira, del Quimet i quimet a las paellas en los chiringuitos de Castelldefels. Rastrearón sus rincones los dibujaron y fotografiaron - los descampados entorno de la periferia y las esquinas del Poblenou donde edificios

erguidos convivían con grandes naves de ladrillo - los fijaron en su memoria.

Es quizás por eso que pueden hacer un ejercicio consistente sobre esta ciudad. Porque saben que más que la calidad o el interés patrimonial de los edificios individualmente, aquí es importante la escala y la mezcla. Solo un puñado de ciudades en el mundo pueden colocar de lado un edificio feo y absurdo con otro espléndido y bello. Barcelona es una de ellas.

El ejercicio que plantean trata de insertar nuevos edificios en un contexto

donde pesa mucho la geometría de calles y el parcelario. El trabajo demuestra que la arquitectura se presenta mejor en un contexto complejo, donde debe someterse y adaptarse a unas determinadas reglas y situaciones. Hablar hoy de una ciudad sostenible no es solo hablar de energías renovables o de transporte público eficaz, es también apostar por un urbanismo que adapta, inserta y aprovecha. En el poble Nou se trata más de reciclar que de crecer. El urbanismo de la tabula rasa no da juego a la buena arquitectura actual.

Febrer 2010

Maria Rubert de Ventós, Arquitecta  
UPC - ETSAB

